

DOMINGO DE PENTECOSTÉS “B”

Ac 2,1-11 + Ga 5,16-25 + Jn 15,26-16,15

Oremos per los colaboradores de la Parroquia



■ Movilización.

Pentecostés, la fiesta que celebramos, culminación de las fiestas pascales, corona el proceso de fe de los discípulos que, al fin, después de cincuenta días, recibido el Espíritu Santo, acaban por creer lo increíble: que Jesús, el que mataron en la cruz, ha resucitado y vive y es el Señor. Jesús es el Cristo, Jesucristo, el Señor, Dios.

Lucas describe el acontecimiento con una fuerza impresionante: sopló un viento fuerte, se oyó un gran ruido del cielo, aparecieron como llamas de fuego sobre sus cabezas. Pero el verdadero portento se obró en sus corazones. Aparentemente todo seguía igual, pero todo era ya diferente. El miedo se trocó en audacia y las puertas, cerradas a cal y canto, se abrieron de par en par, y el silencio se rompió para dar el grito: ¡Cristo ha resucitado! Sí, arguyen a la multitud congregada, sí, ése al que crucificasteis colgándolo de un madero.

Y la gente no sale de su asombro ante tanta osadía. Son los mismos de antes, pero ya no son como antes. Ya no se esconden, ya no tienen miedo. Son lanzados, habladores, sorprendentes, contagiosos. Todos los escuchan, todos los entienden, todos están atónitos y acaban por creer. Ha nacido la Iglesia, el movimiento de Jesús, la movilización del Espíritu. Porque sin el Espíritu Santo, Dios quedaría muy lejos, Jesús se perdería en el pasado, la Iglesia sería sólo una asociación de voluntarios y el Evangelio no sería más que propaganda. Con el Espíritu Santo se consolida la Iglesia, como sacramento de Cristo, Dios con nosotros y en nosotros.

■ Organización.

El mismo Espíritu que impulsa el movimiento de los creyentes es el que se encarga de dar unidad y cohesión al esfuerzo de todos. Porque hay diversidad de dones, pero un solo Espíritu; hay diversidad de servicios, pero un solo Señor; y hay diversidad de funciones, pero un solo Dios que obra todo en todos.

En todos y cada uno se manifiesta el Espíritu para un mismo fin: anunciar el Evangelio, edificar el reino de Dios, dar continuidad a la obra de Jesús, perdonar los pecados y librar de todo mal y de toda enfermedad. Pablo nos explica maravillosamente la organización de la Iglesia, que es el cuerpo de Cristo, haciendo una descripción pormenorizada del funcionamiento del organismo. Todas sus partes, sus órganos, sus funciones, están ordenadas al mismo fin, sin que la diversidad sea un obstáculo para lograrlo. Al contrario, la diversidad es la garantía del buen funcionamiento.

La Iglesia viene a ser como una nueva encarnación, una incorporación de Jesús, su cuerpo, que lo hace presente y operativo en el mundo. Por tanto ya no hay que insistir en las diferencias, ni esclavos y libres, ni judíos y gentiles, ni hombres y mujeres, ni clérigos y laicos. Todos los cristianos hemos sido bautizados en el mismo Espíritu, y todos estamos llamados a formar parte de su Iglesia, y a perpetuar la presencia de Cristo y continuar su misión. Tal es nuestra vocación.

■ Misión.

Juan relata discretamente la comunicación del Espíritu Santo. Concluye el relato de su evangelio con la Buena Noticia de la resurrección de Jesús, que se presenta a sus discípulos para convencerles y para comprometerles: «Como el Padre me envió, así también os envió yo». Y les comunica su Espíritu, su fuerza, su vida, su misión, su decisión de seguir presente y llevar a feliz término la obra recibida del Padre.

Así comienza su andadura la Iglesia, animada por el Espíritu, para continuar la misión de Jesús y perpetuar operativamente su presencia, como subraya el Libro de los Hechos. Por el bautismo todos hemos recibido el mismo Espíritu, que nos hace hijos de Dios y nos compromete en la misión de la Iglesia, la misión recibida de Cristo.

Se trata de la misión de anunciar la Buena Noticia de la Resurrección, el Evangelio. La misión de invitar a todo el mundo, sin discriminación. Porque es la misión de salvar el mundo, de instaurar la paz indispensable para el bienestar y la felicidad de todos. La misión de empezar por el perdón, por la tolerancia, por la cercanía y respeto a todos. Una misión que nos urge a hacer presente a Cristo en todos los ámbitos de la vida. Porque la fe tiene que acreditarse en las obras y no se puede ocultar bajo el celemín, ni encerrar en la sacristía de lo privado. Y la esperanza del cielo genera en el creyente vigor y fuerza para ir más allá, en busca de la más hermosa de las utopías, la de un mundo que albergue a toda la familia humana en paz y amor. Y la caridad es siempre una llamada urgente a derribar obstáculos para que reine la justicia y florezca en el deseado fruto de la paz.